

Aquel día sonaban ocupados todos los teléfonos.

Y ninguna mujer prestó atención alguna

a piropos que nadie le decía.

Se cambiaron muchos miles de cheques por minuto

sin dar respiro a los cajeros,

quie, por otra parte, tampoco lo pedían.

Los autobuses circulaban veloces y espaciados,

siempre por su derecha.

No hubo interrupciones

de gas, de agua o de energía.

Un tren que siempre retrasaba

llegó puntual y limpio.

Los mecánicos, pronta y velozmente,

no dejaron ninguna tuerca floja.

Desaparecieron los ociosos de las calles

al recordar que había tantas cosas que hacer.

Se sirvieron cafés en tiempo récord

que bebieron de un sorbo los clientes.

Miles de películas fueron proyectadas

ante millones de personas, que salieron

en cuanto se enteraron de la trama.

Solamente acudieron al museo

turistas que llevaban la visita en su agenda:

una ojeada y una foto

para testimoniar 'yo estuve allí'.

En la oficina pública

no les fue posible a los solicitantes formar colas

- excepto en un lugar, mientras cambiaban

al empleado, fallecido de *surmenage* en su banqueta -.

Por la noche, los escasos clientes de las mujeres públicas

- todos ellos por prescripción facultativa -,

con rauda y eficaz solicitud,

fueron besados, amados, cobrados y olvidados.

En resumen: aquel día increíble

se alcanzaba la productividad total.

No se inició esfuerzo alguno

si no se encaminaba hacia un fin práctico.

Por ello, no sonaron los clarines

- a las cinco precisas de la tarde -

en las plazas de América o España.

Estuvieron desiertas las salas de conciertos

pues la gente escuchaba el tocadiscos

mientras por la TV llegaban las noticias

y zumbaba la afeitadora eléctrica.

El *bestseller* del día fue el resumen

de un resumen de libros.

No hubo conferencias ni asistentes

en empolvadas aulas culturales.

Ni cenas entre amigos, con coñac y un buen puro,

sino un *sandwich* de queso y de jamón,

sobre el clic-clic de hielo y cocacola.

El viento susurró como otras tardes

entre las mismas flores olorosas

y las mismas estrellas brillaron por la noche.

Mas nadie tuvo tiempo

para el viento, las flores, las estrellas.

Aquel día empezó la venta

del robot 'todo-uso'.

Aquel día las leyes abolieron

los crucigramas,

los paseos sin rumbo por los parques,

los noviazgos de más de quince días,

los autos deportivos, el ajedrez, el póker,

los caballos de silla, la pesca y la oración.

Se prohibió el aburrimiento,

consecuencia del ocio y padre de las artes y los juegos.

Aquel día eficiente y sumamente aséptico

moría el 'Homo Sapiens'

y llegaba, triunfal, el 'Homo Eficiens'.

(1966; en *La suma imposible*, 1968)